

po expedicionario francés se había apoderado en el Báltico del archipiélago de Aland; la fortaleza de Bomarsund se tomó, y el 20 de agosto el emperador dirigió desde Biarritz esta proclama á sus tropas de Oriente: «¡Soldados y marinos del ejército de Oriente! Sin combatir aún habéis obtenido ya un brillante éxito, pues vuestra presencia y la de las tropas inglesas han bastado para obligar á los rusos á repasar el Danubio..... El primer cónsul decía en 1799: «La primera cualidad del soldado es la constancia para soportar las fatigas y las privaciones; el valor no es más que la segunda.» Habéis demostrado hoy la primera. ¿Quién podría negaros la segunda? Por eso vuestros enemigos, diseminados desde Finlandia hasta el Cáucaso, buscan con ansiedad el punto á que Francia é Inglaterra dirigirán sus golpes, los cuales prevén que serán decisivos, porque el derecho, la justicia y la inspiración guerrera están de nuestra parte.

Bomarsund y mil doscientos prisioneros han caído ya en nuestro poder. Soldados, seguiréis el ejemplo del ejército de Egipto; los vencedores de las Pirámides y del Monte Tabor debían combatir también, como vosotros, contra soldados aguerridos y las enfermedades; mas á pesar de la peste y de los esfuerzos de tres ejércitos, volvieron honrados á su patria.

«¡Soldados, confiad en vuestro general en jefe y en mí! Velo por vosotros y espero que, con ayuda de Dios, muy pronto disminuirán vuestros padecimientos y aumentará vuestra gloria.»

El 27 de agosto, después de visitar la ciudad de Pau, Napoleón III abandonaba Biarritz, dejando allí á la emperatriz, y volvía á París.

## XXIII

## BOULOGNE

Habiendo salido de París el 31 de agosto de 1854, Napoleón III llegó á Boulogne-sur-Mer á las ocho de la noche del mismo día y se alojó en el hotel Brighton. Las casas estaban empavesadas; banderas inglesas y francesas flotaban en las ventanas, y las mujeres é hijas de los marineros del puerto llevaban su traje tradicional.

El 2 de septiembre el rey de los belgas Leopoldo I y su hijo mayor el duque de Brabante, que hoy reina en Bruselas bajo el nombre de Leopoldo II, fueron de Ostende á Calais, adonde el emperador marchó también para recibirlos. Los vapores llegaban continuamente de Inglaterra con una multitud de viajeros deseosos de asistir á la entrevista de los dos soberanos. Después de descansar algunos momentos, Napoleón III, el rey Leopoldo y el duque de Brabante fueron conducidos á bordo del yate imperial *Reina Hortensia*. El emperador quiso hacer por sí mismo á sus huéspedes los honores de este barco que, después de conducir al Báltico al general en jefe del ejército expedicionario, había vuelto con el informe relativo á la toma de Bomarsund. Los marineros estaban en las vergas y los pabellones de Francia y de Bélgica flotaban en lo alto de los mástiles.

En la mañana del 3 de septiembre los dos monarcas se trasladaron de Calais á Boulogne en coche descubierto de cuatro caballos. Los soberanos, vistiendo el uniforme de general y llevando, uno el gran cordón de la Legión de Honor, y el otro el de la Orden de Leopoldo, ocupaban el fondo del carruaje, y el duque de Brabante, con uniforme de coronel de granaderos, ocupaba el asiento anterior. El emperador pasó todo el día con sus huéspedes, que marcharon á las seis de la tarde, y á quienes acompañó hasta el buque en que se embarcaron. La entrevista había sido de las más cordiales.

El 4 de septiembre Napoleón III recibió la visita de dos jóvenes príncipes simpáticos y bien parecidos, uno de los cuales, ya rey de Portugal, debía morir prematuramente en 1861, siendo reemplazado en el trono por el otro. Eran el rey Pedro V y su hermano Luis, duque de Oporto. Muy bien acogidos por el emperador, visitaron con éste el campo de de Honvault y se despidieron ya de noche.



Al día siguiente, 5 de septiembre, el príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria, llegaba á Boulogne. De esta visita se encuentran los detalles más precisos y circunstanciados en la obra inglesa publicada por sir Teodoro Martin con el título de *The Life of Royal Highness the Prince Consort*. Nada tan moderno, nada tan conforme con las nuevas tendencias de la historia, que se complace en los detalles íntimos y familiares sobre los acontecimientos contemporáneos, como ese libro cuyos principales documentos fueron comunicados al autor por la misma reina Victoria. En otro tiempo no se habrían entregado al público, pues eran, además de los extractos del diario de la soberana, cartas que el príncipe Alberto le dirigía y en las cuales expresaba con tanta franqueza como abandono sus impresiones del día sobre los hombres y las cosas. Los escritos que envió á la reina durante los cuatro días que pasó en compañía de Napoleón III figuran todos en la obra, seguidos de un relato redactado por el mismo príncipe y cuyo título es *Memorándum sobre mi visita á Boulogne*.

El 5 de septiembre de 1854 el tiempo era magnífico y el cielo estaba límpido y sin nubes. Desde la mañana, toda la población de Boulogne había abandonado la ciudad para dirigirse al muelle, y una infinidad de curiosos asestaban sus anteojos ó telescopios hacia el lado del mar. A las diez y media, el yate de la reina, *Victoria y Alberto*, desplegando en la proa la bandera tricolor francesa y en la popa el estandarte real británico, dobló el cabo de Capécure. Conducía á bordo al príncipe consorte y al duque de Newcastle, ministro de la Guerra, é iba seguido de los barcos de vapor *Black Eagle* y *Vivid*, los dos empavesados como el yate real. La emoción de la inmensa multitud apiñada en la orilla del mar llegó á su colmo cuando se vió al emperador, precedido y seguido de un destacamento de cien guardias, llegar al muelle para recibir al príncipe. Semjante muestra de cordialidad admiró á la multitud, porque era excepcional, puesto que el príncipe no tenía el carácter de soberano. Los granaderos de la guardia imperial y las tropas de línea formaban la carrera desde el hotel Brighton hasta la playa.

A las once el yate *Victoria y Alberto*, saludado por veintiún cañonazos, llegaba al puerto, y cuando se acercó á la Aduana, donde Napoleón estaba, un poco delante de su Estado mayor, el soberano y el príncipe se reconocieron y saludáronse con el sombrero. Durante este tiempo, las músicas militares tocaban los dos aires nacionales ingleses *God save the Queen* y *Rule Britannia*. El yate abordó al punto, y habiéndose echado á bordo un puente cubierto de alfombras, el príncipe corrió á tierra al encuentro del emperador. Ambos se descubrieron otra vez y estrecháronse las manos cordialmente. El príncipe se inclinó varias veces para dar gracias al soberano por algunas palabras amistosas que éste acababa de dirigirle, y estaba al parecer muy conmovido por el entusiasta recibimiento que acababan de hacerle. Los dos se dirigieron después hacia el coche descubierto que había conducido al soberano; éste último rogó á su huésped que subiese primero, y como el príncipe vacilaba, el emperador insistió; enton-



Leopoldo I, rey de los belgas, según el dibujo hecho por Baugniet en 1841



ces el primero accedió, aunque sin querer tomar la derecha; mas el soberano insistió de nuevo y colocó al príncipe á su derecha.

Después se dirigieron al hotel Brighton entre la doble fila formada, en un lado por los granaderos de la guardia imperial, y en el otro por los cazadores de Vincennes. En el trayecto todas las ventanas estaban llenas de elegantes señoras que agitaban sus pañuelos.

El emperador y su huésped, después de haber almorzado con lord Cowley, embajador de Inglaterra, M. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros, y el cuñado de la emperatriz, duque de Alba, llegado por la mañana, montaron á caballo para visitar los campamentos de Wimereux, de Ambleteuse y de Honvault.

Aquella población, que tan brillante recibimiento hacía al esposo de la reina de Inglaterra, ¿no pensaba en lo que había ocurrido cincuenta años antes en aquella misma ciudad de Boulogne? En 1804 Napoleón I concentró en la meseta que domina el Norte de la ciudad un ejército compuesto de 172.000 hombres de infantería y 9.000 de caballería, á las órdenes de los mariscales Sult, Ney, Davout y Víctor, y al mismo tiempo había reunido en la rada una flotilla de 2.413 embarcaciones tripuladas por 16.738 hombres. Este inmenso aparato tenía por objeto un desembarco en Inglaterra, motivado por la ruptura de la paz de Amiéns, debiendo ejecutarse el proyecto apenas las flotas de Amberes, de Brest, de Cádiz y de los puertos del Mediterráneo se hubieran reunido para proteger á la flotilla de desembarco. La derrota naval de Trafalgar, el 20 de octubre de 1805, impidió la realización de este plan; y la tercera coalición obligó al emperador á levantar el campamento de Boulogne y marchar á la campaña que tuvo por resultado final la victoria de Austerlitz. A dos y medio kilómetros de la ciudad alta, á la izquierda del camino de Calais, se erigió un monumento, la columna del Gran Ejército, sobrepuesta de una estatua en bronce de Napoleón I, por Bosio. Napoleón III no tuvo sin duda la idea de mostrársela al esposo de la reina Victoria; cuando visitaba con su huésped los campamentos de Wimereux, de Ambleteuse y de Honvault, el 5 de septiembre de 1854, recorría la playa desde donde se podían ver las costas de Inglaterra, que su tío había proyectado inútilmente invadir. Por la noche hubo una iluminación magnífica en la ciudad, y se disparó un gran castillo de fuegos artificiales en las alturas que la dominan.

Al día siguiente, 6 de septiembre, el emperador y el príncipe Alberto pasaron revista al tercer cuerpo de ejército acantonado en la meseta de Helfaut. Los cuatro regimientos de coraceros, cuyos cascos y corazas brillaban á los rayos del sol, excitaban principalmente la admiración del príncipe.

El 7 el emperador y su huésped fueron á visitar el yate real *Victoria y Alberto*, amarrado en el muelle de la aduana. Los marineros, alineados en la proa del barco, profirieron tres *hurras*, y el príncipe quiso hacer por sí mismo los honores de su yate al emperador. Después acompañó al soberano á la llanura de Marquesa, donde se inspeccionaron los vivacs del ejército.



El príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo

Copia del grabado hecho por F. Bacón en 1841, sobre el cuadro original de W. C. Röss



La afluencia de extranjeros continuaba en Boulogne, y entre ellos llamaba la atención por su traje nacional, adornado de oro y pedrerías, un príncipe indio llegado de Londres para ver al emperador y asistir á las fiestas militares.

El 8 se efectuó en la llanura de Marquesa, con un tiempo magnífico, un pequeño simulacro entre dos cuerpos de ejército, mandado uno de ellos por el emperador, y el otro por el general Schramm. En el Estado mayor de Napoleón III veíase al general Wedel, enviado por el rey de Prusia, y á varios oficiales de esta nación. El príncipe Alberto seguía con vivo interés los movimientos de los dos cuerpos de ejército, y en el terreno veíase una multitud inmensa.

La marcha del príncipe se efectuó al día siguiente, 9 de septiembre. Comensal del emperador durante cuatro y medio días, había tenido con él conversaciones incesantes sobre los asuntos más diversos: diplomacia, cuestiones militares, historia contemporánea y economía política. El príncipe resumió así en sus cartas á la reina y en el memorándum sobre su visita la impresión que le produjo el soberano: «El emperador se ha mostrado benévolo y cordial.... Parece más joven y menos pálido que sus retratos.... Se diría que es de carácter tranquilo é indolente por naturaleza, poco fácil de excitar, pero alegre y de buen humor cuando está á su gusto. Pronuncia el alemán mejor que el inglés, y he notado en él cierta disposición de ánimo que no me extrañó cuando me dijo que había sido educado en el colegio de Augsburgo. Me ha recitado un poema de Schiller sobre las ventajas respectivas de la paz y de la guerra, que, según parece, no ha dejado de tener influencia en su destino.... Me ha dicho que el joven rey de Portugal ha ganado del todo su corazón, y que se alegra mucho de haber conocido al rey Leopoldo II. Añadió que el duque de Brabante le había llamado la atención por la precocidad de su inteligencia y de su buen juicio.»

El príncipe Alberto expresó á Napoleón III el placer que causaría á la reina verle en Inglaterra y conocer á la emperatriz. El soberano le dió gracias por estas frases, añadiendo que á él también le complacería mucho recibir á la reina en París el año próximo, cuando se hubiera concluido el Louvre para la exposición.

El emperador dijo al príncipe que una de las cosas que más le habían impresionado fué ver á la reina Victoria, entonces de diez y ocho años de edad, abrir el Parlamento por primera vez, en 1837. Desterrado á Río Janeiro y luego á los Estados Unidos, después de la intentona de Estrasburgo, regresó á Europa, con motivo de la grave enfermedad de su madre, y hallábase en Londres al morir Guillermo IV.

Las conversaciones del emperador y del príncipe Alberto fueron de la mayor confianza, de amistad y franqueza, y el 9 de septiembre separáronse muy contentos uno de otro. El príncipe marchó á las once de la noche, y el emperador, seguido de un brillante séquito, le acompañó hasta el yate real en medio de las aclamaciones. La ciudad se había iluminado, y en el yate imperial las hachas y los cohetes brillaban por todas partes. Al día siguiente se leía en el

*Moniteur*: «A bordo del barco británico se han despedido definitivamente. Boulogne y Francia conservarán el recuerdo de esta memorable entrevista, en la que parecía haberse personificado la alianza íntima de dos grandes naciones.»

De regreso á Inglaterra, el príncipe escribió al emperador: «El recuerdo de los días que pasé á vuestro lado y de la amistosa cordialidad con que me honrasteis no se borrará jamás de mi memoria. He hallado á la reina y los niños en buena salud, y la soberana me encarga os transmita sus más sinceros afectos.»

En resumen, todo había ido muy bien; se estaba en la luna de miel de la alianza inglesa, y no se pensaba ya en Waterloo.

Napoleón III permaneció en Boulogne hasta el 16 de septiembre y volvió á París, de donde salió al día siguiente para ir á Burdeos al encuentro de la emperatriz, que regresaba de Biarritz. Llegó á Burdeos algunas horas antes que su esposa, y fué á la catedral, donde le recibió el cardenal arzobispo á la cabeza de su clero. Después se dirigió á la estación para salir al encuentro de la emperatriz, y los dos volvieron á marchar juntos, llegando al palacio de las Tullerías el 20 de septiembre. En aquel día las tropas francesas é inglesas habían ganado la batalla de Alma.

Volvamos ahora á Crimea.